

En Blanco. ¿Dónde estáis? ¿Dónde mis seres queridos? ¿Dónde mis hijos? ¿Dónde esos nietos a los que enseñé? ¿Por dónde andan mis amigos? ¿Dónde los libros que leí? ¿Dónde los placeres que disfruté? ¿Dónde los paisajes que admiré? ¿Dónde mis más preciados bienes? ¿Dónde mis pequeños secretos? ¿Dónde el sol? ¿Dónde otra luz que no sea esta blanca que me nubla, que ennegrece mi existencia? ¿Dónde mi pasado? ¿Dónde los recuerdos que viví y de los que aprendí? ¿Dónde mi futuro? Miro, pero no veo. Oigo, pero no escucho. Hablo, pero mis palabras escapan a mi control. ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué estar aquí?

En Blanco. Me miráis y para vosotros soy un libro en blanco. Esas neuronas, con su muerte, se han llevado los desencuentros. Estoy en blanco. Y vosotros no veis dentro de mí sino blanco. Vacío. El abismo de la incomprensión. No os lo reprocho. ¡Si en plenitud tanto nos ha costado comprendernos...! ¡Si tanto hemos tenido que ceder! ¡Si tanto hemos padecido...! De lo poco... De lo poco que recuerdo... Me viene, difusa, aquella sentencia. El futuro no es una página en blanco... Es una fe de erratas. ¡Qué pocos atisbos de remembranzas! ¿Será así? ¿De mal en peor? Y, sin embargo...

Vedme... aunque sea un poco. O un poquito. Si no apartáis vuestra mirada de mí, me ayudáis. Vosotros podéis rescatarme del blanco. El blanco eterno puede esperar. Quiero ver los colores. Y necesito que fijéis vuestros ojos en mí. Que apreciéis esta frente que sudó. Estas arrugas que dignificaron mi edad. Esta nariz con la que disfruté los aromas de mi existencia. Esa boca con la que tantas veces esboqué un “os quiero”. Otrora evidente. Ora sugerente. Sigo queriéndoo, y que me queráis. Poco os puedo entregar, porque languidece el conocimiento. Y, sin embargo, siento. Y soy. Y quiero estar. Apoyadme en este trance. Será vuestro aprendizaje... y mi supervivencia.

Estáis conmigo. Noto vuestra presencia. De la fuente emana el agua de la comprensión. Siento que habéis acompañado mis deseos con vuestros recuerdos. De éstos apenas me quedan y aquellos son humildes. Descansar, comer, oler vuestra compañía, dormir en paz... Hoy veis mi rostro completo. Habéis entendido que, aun mermada por la enfermedad, la identidad no se ha evaporado. Y que los efluvios de ese líquido, de esa fontana inundada de virtud, iluminan las comisuras de mis labios cuando os entregan una sonrisa. Si es consciente o no, ¿qué importa? Es sincera. Es mi instinto que os identifica. Es mi gratitud, mía y de mis “congéneres”, esa extraña “familia” que vimos arrastrado nuestro baúl reminiscente. Alzheimer, oigo cuando cuchichean para que no me entere. Da igual. No sé quién es ese señor, o qué cosa es esa.

Lo único que me importa es que, allá donde desemboque cuando parta desde esta fuente de la vida, evocaré este instante mágico. No sé muy bien qué significa. Sólo que lo hicisteis por mí y por otros como yo. Sólo creo que os engrandece. Y, puestos a interpretar en primera persona, quizás es que me lo merecí. O no. ¡Pero es tan bella y reconfortante esta sensación...! Ahora sé que mi faz no es invisible para vosotros. Que ya no soy un objeto en blanco. Que mi persona, despojada probablemente de personalidad, de ese carácter que me abandonó, concita vuestro cariño. Gracias por intentar estar conmigo, aunque yo parezca estar tan cerrado. Gracias por refrescar mi espíritu. Yo, en mi ausencia, permanezco con vosotros. Refrescados por esa agua manantial, mis labios os envían un regalo con valor: un beso, mi beso, vuestro beso.